

# LAS PINTURAS DE HANS HOLBEIN

Por J. L. GOMEZ TELLO

Que otros bailen si quieren ahora—1526—, cuando todo es Carnaval en los saraos de Amberes, bajo la aguja antigua de Sint Romhoutstoren o en Sint Truiden o en Oudenaarde; o bailen en Gante, cuando el carrillón entona unos versos que yo oí en Rusia a mi amigo Adolf van Hoecke, y no olvido:

*Boven Gent rijst, eenzaam en-  
(grijs,  
t'Oude Belfort, zinbeeld van't  
(verleden.*

(Por encima de Gante, todo solo, gris de vejez, se encuentra su viejo «Beffroi», ejemplo del tiempo pasado)

Me gustaría intentar un ensayo comparativo de la música y la pintura flamencas. Porque en esas tierras de Holanda, la música es como el contrapunto de la gama de color de sus pintores. La pintura de Van Delft, cancionero de Goglaw; y no hay «Bruiloftdans», de Pieter Breughel, que no parezca comentar con sus rojos, amarillos, verdes carnales la alegría de «Ein l'ap-pisch Mann» del cancionero de Ch. Egenolff, dándose la mano ronda de rubias campesinas y aldeanos borrachos que le ponen los cuernos a la luna.

Que ellos bailen en esas pinturas o en las de Rubens, tal como bailan en la plaza de Bruselas. Después de Teniers, la «kermesse» se hace cortesana, y el campesino le copia el gesto a madama, que toca su arpa fiel para que Francisco I la oiga en el baile de la duquesa de Vendôme. Al contrario, en Breughel, la Corte plagia ese aire de música rústica de las fiestas en la plaza del Mercado, y el propio Carlos I se escapa del palacio de su tía Margarita para ir, con su violín bajo el brazo, a la romería de San Juan. El Imperio—y tal vez la Mística, que de Flandes nos vino—nació así, en esas cajas de música—nada, pequeña sonata popular—que fueron las ciudades flamencas en el Renacimiento. Época festival, cinematográfica y alegre si la hubo; y como en una alegoría pictórica, las gorditas burguesas se creen ninfas. Las Corporaciones gremiales suben a un plinto de mitología, y cuando la «Joyeuse entrée» se despliega, el sarao de los versos opulentos y el sol es como un toisón de oro en el azul heráldico del cielo.

A la noche, oyendo las vihuelas en la plaza, que a lo mejor lo que tocan es música española de Alonso de Mondéjar o el «Durandarte», de Luis Milán, nadie falta a la danza. Ni el rico comerciante, ni el mozo pañero, ni la criada de la posada con el justillo prieto esperando un día al emperador que vendrá a amarla. Acordeón, violín y pastoril flauta; hombros desnudos, carnal y rubia «kermesse», primera ópera, antes que las de Policiano o Rinuccini, para que un pintor la copie en sus lienzos, imaginados como pura cinematografía del Renacimiento.

«Kermesse» flamenco, pintura jovial y pagana de Rubens y de Breughel. Pintura triste y luterana de Hans Holbein. Que otros, si quieren, bailen en ronda, el brazo para el abrazo, la danza y la cortesía. Este se entiende y baila solo. Y por eso, por esa comparación musical que yo he insinuado, de los pintores del 500, sólo Hans Holbein, nacido en Augsburgo y que pintó orilla el lago de Constanza, orilla los canales tristes de Holanda y orilla las aguas aún más tristes del Támesis, tiene su pintura con música melancólica, primer romanticismo.



El la única danza que quiere es la de la muerte. Cuando la época se viste de gala con el alborozo de todos los pecados paganos recién resurrecidos y el desnudo tiembla, cegadores mármoles, él es el único que no adula a la carne. El mundo se le descarna, se le hace puro hueso:

*Le pis, le ventre, ne le dos.  
Li plus carnis n'est mais que de os,  
n'a d'entrer lial, es le mains,  
piés, gambes, ne bras, ne mains,  
dos, ne ventre, espaulle ne pis.*

No hay mejor comentario a su pintura que los versos de Baudouins de Condé. Y creo que es este contraste en lo superficial con el espíritu de su tiempo lo que hace profundamente triste la pintura de Hans Holbein en un siglo que parece alegre y no lo es. Como en el verso de Musset, esa queja:

*Quelle m'âle gaité, si triste e,  
(si profondet  
que, lorsqu'on vient de rire, on de-  
vrait en pleurer.*

Porque él, pintor de retratos de buenos burgueses, de ricos banqueros, de mercaderes de la City, es un comunista. Todo cuanto en él parece exaltación de los poderosos—lujos, oros, gran énfasis de riqueza—es burla, porque él viste de orgullo su profundo sentimiento nihilista. Y lo que sucede en el orden material, acaece también en el religioso. No he de ser yo quien diga que no pintó Madonas. Y cómo se extasía su arte, cómo se complace en esa Virgen del Burgomaestre Meyer, que está en Dresde, en la que ha puesto ternuras de besos, suavidades de sedas. Pero, atención. Tanto se complace, que ya esta complacencia no es religiosa, sino sólo amor, turbador amor pagano. Si el San Sebastián renacentista de los italianos es el más bello Policeto, el más jovial y carnal desnudo que podría imaginarse en una bacanal de dioses antiguos, en las Virgenes de Hans Holbein duerme la melancolía paganizante de los dioses, casi nietzscheana, tal como el Renacimiento la sintió al otro lado de los Alpes.

Y he aquí lo que esclarece esta pintura:

La familia Holbein llevaba medio siglo pintando Madonas. Juan el viejo hizo una, con pinceles religiosos, que está en Munich: una Virgen con reclinatorios de nubes argéneas, y en el color el último rayo del arte de Rogier o de los verdes milimétricos de Grünewald. La transición a una nueva manera la señalan Conrad de Soest o el maestro Ruelan Frueauf o Bertoldo Landauer, el de Nuremberg, o aquel Lucas Moser cuyo arte es, literalmente, un grito:

*Jette des cris, ô mon art, et te laments de ce que nul ne te  
desire plus aujourd'hui—las!, las!)*

Cuando llega Hans Holbein el joven, ha venido el Renacimiento. Y con él—boina aterciopelada, ataudada—Erasmo, pequeño diablo de Rotterdam con sus canales, donde el agua es una lámina verde.

Orilla esos canales tristes, Erasmo inventa la razón. No se engañe nadie. El Renacimiento, si está en alguien, es en Holbein y en Erasmo. La filosofía del uno y la pintura del otro son un tremendo espejo que nos dan su reflejo auténtico. Hasta el mismo retrato de Enrique VIII—al que tanto quiso favorecer—hoy nos parece como lo que es: como su carica-

(Continúa en la página 83)